

TAO

EL CAMINO

TODO LO QUE
LA FILOSOFÍA CHINA
PUEDE ENSEÑARTE
PARA TENER
UNA VIDA MEJOR

MICHAEL
PUETT

CHRISTINE
GROSS-LOH

m̄r



Título original: *The Path*

© Michael Puett and Christine Gross-Loh, 2016
© por la traducción, María José Díez Pérez, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

© Imágenes del interior: Shutterstock

Diseño de la cubierta: Planeta Arte&Diseño

Primera edición: septiembre de 2018
ISBN: 978-84-270-4472-2
Depósito legal: B. 16.293-2018
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	11
<i>Prefacio</i>	19
1 La era de la complacencia	25
2 La era de la filosofía	41
3 Sobre las relaciones: Confucio y el ritual <i>como sí</i>	51
4 Sobre las decisiones: Mencio y el mundo caprichoso	93
5 Sobre la influencia: Lao Tse y la creación de mundos	135
6 Sobre la vitalidad: <i>El aprendizaje interior</i> y ser como un espíritu	175
7 Sobre la espontaneidad: Zhuang Zi y un mundo de transformación	205
8 Sobre la humanidad: Xun Zi y dar forma al mundo	235
9 La era de las posibilidades	261
<i>Agradecimientos</i>	283
<i>Bibliografía y obras de referencia</i>	287
<i>Sobre los autores</i>	293

CAPÍTULO 1



LA ERA DE LA COMPLACENCIA



Una visión determinada de la historia ha pasado a ser sabiduría convencional. Hasta el siglo XIX, las personas vivían en lo que llamamos sociedades tradicionales. En estas sociedades siempre les decían lo que tenían que hacer. Nacían formando parte de una estructura social preexistente que definía su vida: si uno nacía siendo campesino, moría siendo campesino; si nacía aristócrata, moría aristócrata. La familia en la que uno nacía determinaba el dinero y el poder que tendría, de manera que la trayectoria de su existencia estaba marcada desde el día en que nacía.

La historia continuó y en la Europa del siglo XIX la gente por fin se liberó de estas ataduras. Por primera vez fuimos conscientes de que todos somos individuos capaces de pensar racionalmente. Podemos tomar nuestras propias decisiones y asumir el control de nuestra vida. Como seres racionales que somos, podemos crear un mundo de oportunidades sin precedentes. Cuenta la leyenda que así fue como nació el mundo moderno.

Pero si algunos de nosotros despegamos, otras culturas quedaron rezagadas, o eso pensamos. Para muchos de nosotros, la China clásica constituye la sociedad tradicional

por antonomasia, donde las personas debían desempeñar papeles sociales definidos con rigidez para vivir en un mundo estratificado, ordenado.

De lo que se deduce que se tratará de un mundo que no tiene nada que enseñarnos.

Naturalmente, en ocasiones esta lectura de las sociedades tradicionales en general y de la china en particular ha sido idealizada: hoy en día estamos alienados, pero en el mundo tradicional los humanos consideraban que vivían en armonía con el cosmos. Nos hemos apartado del mundo natural y pretendemos controlarlo y dominarlo, pero en el mundo tradicional la gente intentaba vivir de acuerdo con las pautas marcadas por la naturaleza.

Tampoco este punto de vista sensiblero de un mundo tradicional tiene nada que enseñarnos, ya que se limita a convertir a las denominadas sociedades tradicionales en algo similar a reliquias. Podemos ir a un museo, ver una momia egipcia y pensar: qué interesante. ¿Un antiguo artefacto chino? Qué curioso. Verlo nos despierta curiosidad pero no nos gustaría volver a esa época, al mundo que representa. No nos gustaría vivir allí ni aprender nada de esos mundos tradicionales, porque no eran modernos. Somos *nosotros* los que hemos acabado entendiendo las cosas, no ellos.

Pero, como estás a punto de averiguar, muchos de los estereotipos que tenemos de estas sociedades *tradicionales* son erróneos. Y podemos aprender mucho del pasado.

El peligro que entraña nuestra visión de la historia no es sólo que nos haya llevado a rechazar gran parte de la exis-

tencia humana por considerarla irrelevante, sino que además pensamos que las ideas que predominan en la actualidad son las únicas que animan a la gente a tomar las riendas de su propia vida; por tanto, las ideas de la actualidad son las únicas correctas.

Lo cierto es que existe un amplio abanico de puntos de vista sobre cómo las personas pueden diseñar su propio modelo de vida. Cuando somos conscientes de esto podemos ver lo *moderno* como lo que realmente es: un relato entre muchos otros, construido a partir de un momento y un lugar específicos. De este modo tenemos a nuestra disposición todo un mundo de pensamiento, un mundo que pone en duda algunos de nuestros mitos más queridos.

MITO: VIVIMOS EN UNA ERA DE LIBERTAD COMO NINGUNA OTRA

La mayoría de nosotros nos consideramos esencialmente libres, como no lo fueron nuestros antepasados. Después de que en Occidente rompieramos con el mundo tradicional en el siglo XIX, por fin pudimos decidir por nosotros mismos cómo organizar el mundo. Pasamos dos siglos enfrentándonos a diversas ideologías contrarias: socialismo, fascismo, comunismo y capitalismo democrático. Y cuando todas esas ideas salvo una se vieron desacreditadas en gran medida, llegamos al final de la historia. Con la caída del Muro de Berlín, en 1989, dio la impresión de que el neoliberalismo se llevaba el gato al agua como única forma correcta de organizar el mundo: la que mejor permite que las personas medren y prosperen.

Pero entonces ¿cómo explicar la infelicidad, el narcisismo y la inquietud que afloran en el mundo desarrollado? Nos dicen que si uno trabaja con ahínco conocerá las mieles del éxito, y sin embargo la distancia que separa a los ricos de los pobres es cada vez mayor y la movilidad social está disminuyendo. Nuestras vidas dependen de toda clase de dispositivos fascinantes e impresionantes, hemos logrado unos avances médicos sin precedentes, y sin embargo nos enfren-

tamos a crisis medioambientales y humanitarias de una escala alarmante. Varias décadas después, nuestro gran optimismo ha desaparecido. Ya no confiamos tanto como antes en el modo en que hemos estructurado nuestro mundo.

Entonces ¿qué es lo que hemos entendido? Cuando vuelvan la vista atrás, ¿considerarán los historiadores que ésta era una época de prosperidad, igualdad, libertad y felicidad? ¿O definirán los albores del siglo XXI como una era de complacencia, una época en la que las personas eran infelices y se sentían insatisfechas, en que fueron testigos de crecientes crisis pero no supieron reaccionar pues pensaban que no existían alternativas viables?

Los textos filosóficos chinos que se abordan en este libro ofrecen alternativas a esta era de la complacencia, pero no constituyen ideologías coherentes para, por ejemplo, sustituir la democracia. Más bien son ideas contrarias a lo que cabría pensar sobre el yo y su lugar en el mundo. Y, a decir verdad, muchas de ellas fueron desarrolladas por oposición a la idea de vivir conforme a un sistema de pensamiento global.

Entre aproximadamente el 600 y el 200 a.C., una explosión de movimientos filosóficos y religiosos que recorrieron Eurasia dieron lugar a una amplia variedad de visiones que perseguían la prosperidad del ser humano. Durante este periodo de tiempo, que se conoce como Era Axial, muchas de las ideas que se desarrollaron en Grecia también surgieron en China y viceversa. De hecho, en China, como veremos, nacieron ciertas creencias muy similares a las que son habi-

tuales en Occidente hoy en día. Pero en China tales puntos de vista quedaron relegados al olvido, si bien afloraron otras ideas distintas, que abogaban por un camino muy diferente para lograr llevar una buena vida.

Ninguno de los planteamientos que vamos a ver debería ser considerado chino frente a occidental, como tampoco presentaremos ideas tradicionales frente a modernas. A medida que vayamos estudiando estos conceptos, veremos que no sólo se lleva debatiendo cómo organizar el mundo de la mejor manera posible desde mucho antes de la llegada de la era moderna, sino que además existen alternativas genuinas sobre cómo vivir una vida plena.



MITO: SABEMOS CÓMO DETERMINAR EL RUMBO DE NUESTRA VIDA

En lo que respecta a hacer planes para lograr la felicidad y la prosperidad en Occidente, nos enseñan a confiar en nuestro cerebro racional, seguros de que podremos dar con una solución si llevamos a cabo un cálculo minucioso. Frente a la incertidumbre de la vida nos consolamos creyendo que, si vencemos la emoción y los prejuicios y reducimos la experiencia a datos mensurables, podremos ser dueños del azar y desafiar al destino. Considera nuestro planteamiento más popular ante dilemas morales y éticos: inventar una situación hipotética representativa y tratarla de manera racional. En el famoso experimento del tranvía nos piden que imaginemos que vemos que se acerca un tranvía al que le han fallado los frenos. Vemos que va a arrollar a cinco personas que se encuentran en la vía, pero, si accionamos una palanca, podremos desviar el tranvía por una vía distinta, en la que hay una persona tendida. ¿Dejamos que el tranvía se precipite hacia las cinco personas o lo desviamos para salvarlas, decidiendo activamente matar a la persona que está tendida en la vía?

¿Qué decisión es la correcta?

Filósofos y teóricos de la ética llevan toda una eternidad

ocupándose de cuestiones como ésta. Se han escrito un sinnúmero de ensayos —e incluso un par de libros— sobre sus implicaciones. El escenario nos permite reducir la toma de decisiones a un conjunto sencillo de datos y a una única elección. La mayoría de nosotros piensa que así es como se toman las decisiones.

En la China clásica también pusieron a prueba estos dilemas, pero nuestros pensadores chinos no se mostraron igual de intrigados. Se trata de un estupendo ejercicio intelectual, decidieron, pero uno puede pasarse el día entero practicando estos ejercicios, que no tendrán ninguna repercusión en la forma en que uno vive la vida cotidiana. Ni una sola.

El modo en que pensamos que estamos viviendo la vida no es el modo en que la vivimos. El modo en que pensamos que tomamos decisiones no es como las tomamos. Aunque llegaras a verte en esa tesitura algún día, a punto de ver morir a alguien arrollado por un tranvía, tu reacción no tendría nada que ver con el cálculo racional. En esas situaciones, nuestras emociones e instintos toman el mando, y también guían nuestras decisiones menos espontáneas, aunque creamos que estamos siendo sumamente prudentes y racionales: ¿qué cenar? ¿Dónde debería vivir? ¿Con quién debería casarme?

Al ver las limitaciones que presenta este planteamiento, los filósofos chinos comenzaron a buscar alternativas. La respuesta, para ellos, residía en aguzar los instintos, educar las emociones y embarcarnos en un proceso constante de

cultivo de la propia persona para que, llegado el caso —en momentos tanto cruciales como triviales—, reaccionemos de manera correcta, ética, ante cada situación concreta. Con esas reacciones provocamos respuestas positivas en quienes nos rodean. Esos pensadores nos enseñaron que, de ese modo, cada encuentro y experiencia ofrece la oportunidad de crear activamente un mundo nuevo y mejor.

MITO: LA VERDAD DE QUIÉNES SOMOS RESIDE EN NUESTRO INTERIOR

El colapso de antiguas instituciones religiosas aristocráticas provocó que en la Era Axial la gente comenzara a buscar nuevas fuentes de verdad y de sentido. De forma similar, en nuestra era tenemos la sensación de que nos hemos liberado de maneras de pensar más arcaicas y limitadoras y estamos buscando nuevas fuentes de sentido. Se nos dice cada vez con más frecuencia que busquemos esa verdad superior en nuestro interior. El objetivo de una persona realizada es ahora encontrarse y vivir su vida con autenticidad, conforme a una verdad interior.

El peligro que entraña esto reside en creer que todos nosotros sabremos reconocer *nuestra verdad* cuando la veamos y, después, limitar nuestra vida conforme a esa verdad. Al poner tanto empeño en autodefinirnos corremos el riesgo de construir nuestro futuro basándonos en una opinión muy reducida de quiénes somos: lo que consideramos nuestros puntos fuertes y flacos, lo que nos gusta y no nos gusta. Muchos pensadores chinos podrían decir que al hacer esto estamos tomando en consideración una parte muy pequeña de quiénes somos en potencia. Estamos cogiendo un número limitado de nuestras disposiciones emocionales du-

rante un momento y un lugar determinados y permitiendo que nos definan para siempre. Al considerar que la naturaleza humana es monolítica, limitamos de manera inmediata nuestro potencial.

Sin embargo, muchos de los pensadores chinos argüirían que tú no eres, y no deberías creerte, una persona única, unificada. Supongamos que te consideras una persona con carácter, alguien que se enfada con facilidad. Los pensadores que estamos a punto de conocer sostendrían que no deberías decir: «Bueno, es que yo soy así», y aceptarse como es. Como veremos, quizá no seas una persona airada *per se*. Quizá simplemente hayas caído en unas rutinas —modelos de conducta— y hayas permitido que éstas definan quien creías que eras. Lo cierto es que tienes el mismo potencial para ser, pongamos por caso, dulce o compasivo que para ser airado.

Estos filósofos nos instarían a reconocer que todos somos personas complejas y nos hallamos en cambio permanente. Cada persona posee multitud de disposiciones emocionales, deseos y modos de reaccionar al mundo distintos y a menudo contradictorios. Nuestras disposiciones emocionales se desarrollan mirando *hacia fuera*, no hacia dentro. No se cultivan cuando uno se retira del mundo para meditar o irse de vacaciones. Toman forma, en la práctica, a través de las cosas que hace en su vida cotidiana: cómo interactúa con otros y las actividades que lleva a cabo. Dicho de otra manera, no somos como somos: podemos conseguir ser personas mejores activamente todo el tiempo.

Ésta no es una labor sencilla, por supuesto. Requiere un cambio de actitud por nuestra parte con respecto a nuestros propios actos y con respecto a cómo se produce el verdadero cambio. Tampoco es un proceso rápido: el cambio se produce de manera gradual, mediante la perseverancia. Llega cuando trabajamos para ampliar nuestra perspectiva y, de ese modo, poder entender la intrincada maraña de factores (las relaciones que tenemos, las compañías que frecuentamos, los trabajos que llevamos a cabo y otras circunstancias vitales) que conforman cualquier situación determinada y que poco a poco transforman nuestras interacciones con todo cuanto nos rodea. Esta perspectiva ampliada nos permite comportarnos de maneras que gradualmente ocasionan un verdadero cambio.

Si bien nos han dicho que la verdadera libertad radica en descubrir quiénes somos en esencia, ese descubrimiento es justo lo que ha atrapado a tantos de nosotros en la era de la complacencia. Nosotros somos los que nos interponemos en nuestro propio camino.



¿Significa esto, entonces, que necesitamos un plan radicalmente nuevo para aprender a vivir y a organizar el mundo? Al contrario, los filósofos a los que vamos a estudiar a menudo ilustraban sus ideas con aspectos prosaicos de la vida diaria, arguyendo que ahí es donde se produce el gran cam-

bio. Siguiendo su modelo, hemos incluido numerosos ejemplos cotidianos en este libro para insuflar vida a sus ideas. No obstante, estos pensadores no pretendían que dichos ejemplos fueran tomados como consejos normativos, ni nosotros tampoco. Más bien tienen por objeto demostrar que ya hacemos muchas de esas cosas; es sólo que no las hacemos bien. Al replantearnos estos aspectos de nuestra vida entenderemos cuán prácticas y factibles son las ideas en realidad.

El título de este libro hace alusión a un concepto al que los filósofos chinos solían llamar *Dao* o *Tao*: el Camino. El Camino no es un *ideal* armonioso que debemos esforzarnos por seguir, sino más bien el sendero que trazamos de manera continua con nuestras decisiones, actos y relaciones. Nosotros creamos el Camino de nuevo en cada momento de nuestra vida.

No existía una visión única y unificada del Camino con la que se habrían mostrado de acuerdo todos estos filósofos. Nuestros pensadores no sólo se oponían a las convenciones de su propia sociedad, sino que además cada uno de ellos ofrecía una visión por completo distinta de cómo exactamente crea uno este sendero. Sin embargo, sí coincidían en que el proceso en sí de construirlo posee un potencial inagotable para transformarnos y transformar el mundo en el que vivimos.